

600 gramos de Olvido

UN EJERCICIO DE MEMORIA. HAY HISTORIAS QUE NO DEBEN QUEDAR NUNCA EN LAS SOMBRAS, HISTORIAS QUE NOS RECUERDAN QUIÉNES FUIMOS Y QUIÉNES SOMOS



Mariángeles Sanz Vélez

Un espacio escénico poblado de objetos nos recibe, cada uno con un significado dentro de la historia que nos narrarán los personajes con su voz y su cuerpo. Objetos que marcan una época: los setenta. El winco, las carteras de tejido del norte. Objetos que nos indican el origen de esa relación: los bancos de una escuela. Telas pintadas que nos inician en un relato, el de la búsqueda de un país distinto, más solidario, que abarcara el continente todo. La Patria grande. De la música beat al folklore, su expresión y búsqueda de una identidad. Allí están presentes Claudia y Pablo, dos adolescentes, aunque en aquellos años la palabra no significaba nada. Jóvenes idealistas es una definición que les cabe mejor. Nuevos en el amor, en las relaciones sexuales, en la necesidad de una libertad que los llevara a encarar una vida propia, en la política y las ideologías, inexpertos en la dimensión de quienes se opondrían a sus sueños. Para ellos el mundo estaba mal, y había que crear uno nuevo, el hombre nuevo, el que llevaría adelante la revolución.

Llevan sobre sí la carga de una tradición católica aprendida en las aulas, pero de la cual desconfían. Se dan cuenta de las contradicciones entre el decir y el hacer de quienes pregonan el amor, pero ejercen el control y la disciplina, aún fuera de las paredes del claustro. Son tan jóvenes que asusta su valentía. Del otro lado no reinan los ideales sino el pragmatismo más absoluto, los intereses más espurios, del otro lado no están solos, obedecen órdenes que entonces no se sabía muy bien de dónde provenían. Porque esa historia, fue la de muchos, de los que ya no están entre nosotros, y merecen que no les llegue nunca nuestro olvido; y de los que tuvimos “un Dios aparte”.



Daniel Dalmaroni nos trae esta historia en una geografía donde el terror sentó sus huellas, La Plata, donde el movimiento estudiantil era fuerte, convencido y convincente. Lo hace con la sencillez e ingenuidad de aquellos tiempos, donde los jóvenes tenían sueños que creían posibles, donde ser joven se volvió una realidad cargada de sospechas y peligrosa. Alexia Moyano y Nelson Rueda construyen una pareja donde sobrevuela la ternura, verosímil, que nos va introduciendo de a poco en una resolución que tememos desde el principio los que fuimos testigos de esa época, y al mismo tiempo, nos arranca más de una sonrisa, cuando sus palabras nos llevan a un viaje sin escalas a un pasado que nos alberga. En un juego temporal los personajes se dirigen al espectador en el momento de la enunciación como si la vida los habitara, pero el enunciado nos relata una historia que ya no es, que quedó sumida en un pasado doloroso. Conformando así, un flashback que abarca la puesta toda, en un ejercicio de intensa metateatralidad.

Comenzar la vida en los años setenta no era una tarea fácil. Los modelos a seguir no nos convencían, y al mismo tiempo se debían guardar ciertas apariencias para no irritar a propios y ajenos. Donde parecía todo un juego que inauguramos hasta que nos dimos cuenta de que en ese puzzle nos tocaba la peor parte, y sabríamos después que nunca podríamos armarlo porque le faltan piezas, treinta mil piezas que ya no están. Los dos realizan una muy buena performance de la mano de Marcelo Moncarz, el director que imprime su mirada sobre los sucesos. En los diálogos que se establecen entre la pareja y el momento narrativo que incluye al espectador, se va tejiendo una trama que crece en la medida en que transcurren los acontecimientos. La puesta se mueve coreográficamente alrededor de los objetos, la proximidad es presa de un deseo latente. El vestuario y la música nos llevan a aquellos años que los personajes se encargan muchas veces de desmitificar. Los asaltos eran con permiso, la Coca-Cola con aspirina no era lo mismo que el LSD, la familia era un deseo que se unía a otros, más colectivos, más solidarios. Los jóvenes de los setenta se encontraban en una fina línea entre Mafalda y Susanita, los célebres personajes creados por Quino. Sus vidas transcurrían entre el cuestionamiento y el hogar feliz, entre lo particular y lo de todos. Años que nos marcaron a fuego, y no hay metáfora en mis palabras. “Hubo un tiempo que fue hermoso, y fui libre de verdad”, dirá Charly García con Sui Generis en 1973, en “Canción para mi muerte”; tampoco hay metáfora.



El texto de Dalmaroni reconstruye. Los cuerpos narran en escena un acontecer que los incluye y al mismo tiempo lo hace con toda una generación. Un tiempo que aparece desde el vestuario y las posiciones corporales, un clima que acentúa la iluminación y la música, en un equilibrio que va rompiendo la intrusión del afuera con su fuerza devastadora. Ternura, ilusión, una pizca de ingenuidad, valentía, sueños, un amor que va más allá de la pareja, conforman desde una poética realista, pero con un juego temporal que vuelve el relato sobre sí mismo. Personajes empáticos con el espectador, a quien va dirigida la historia, con la finalidad de recuperar una memoria sobre el pasado, o construir una advertencia sobre el futuro. Los ideales que subsisten, los monstruos que engendra la razón, no son sólo fantasmas, sino una realidad que surge del fondo de cuestiones no selladas. Oriundo de La Plata, Daniel Dalmaroni es consecuente con su compromiso social y político en sus obras. Ha escrito, entre otras textualidades, reconocidas y traducidas a otros idiomas (inglés y portugués), premiadas tanto en nuestro país como en el exterior, una tetralogía peronista integrada por *El secuestro de Isabelita* (2010) y *Estado del tiempo, Juego de manos y La comunidad organizada*.

Esta puesta tiene también una mirada política hacia la militancia de aquellos años, donde queda expuesta la relación de la Iglesia católica con el poder militar en la figura del sacerdote profesor del colegio en donde estudiaban ambos personajes. Ningún elemento ni verbal, ni objetual, ninguna acción está fuera del engranaje de la pieza. Todo está en su lugar, en el que le corresponde para que desde el relato no perdamos ningún detalle, para que todos y cada uno de ellos nos lleve a un solo destino: la memoria.

Ficha técnica: Autor: Daniel Dalmaroni. Actúan: Alexia Moyano, Nelson Rueda.
Diseño de escenografía y vestuario: Alejandro Mateo. Diseño de iluminación:
Claudio del Bianco. Música original y diseño sonoro: Tom CL. Diseño gráfico:
Nahuel Lamoglia. Producción ejecutiva: Adriana Yasky. Asistencia de dirección:
Anto Ciuffo. Puesta en escena y dirección: Marcelo Moncaraz. Teatro Del Pueblo.

Bibliografía

- » Dalmaroni, Daniel (2006). *Teatro Volumen I*. Buenos Aires: Corregidor.